

# UNA PRUEBA COMO NINGUNA

*Cómo ganarle a la crisis*

Andrés Panasiuk

## REFLEXIONES FRENTE A LA CRISIS

### La crisis que se avecina

Esta no es la Segunda Guerra Mundial. Ni la Primera. Ni la pandemia de la fiebre amarilla, la peste bubónica o la gripe española de 1918. Estamos viviendo una crisis como la que el mundo nunca experimentó antes, y debemos entenderla o no sabremos de dónde nos vino el golpe.

A finales del 2019, un virus de la familia que nos da la gripe saltó del reino de los animales a los seres humanos en la provincia de Wuhan, China. A partir de ese momento se desató una pandemia como la que el mundo no había visto por lo menos durante cien años.

A pesar de haber tenido epidemias mundiales antes, el impacto de esta pandemia no iba a ser similar a nada que hayamos visto jamás en la historia de la humanidad. Esta iba a ser una pandemia que, por primera vez, iba a impactar la red global económica y social creada después de la caída de la Unión Soviética y el advenimiento de un «mundo plano», como lo llamaría Thomas Friedman. La primera pandemia desde la globalización de la economía mundial.

El comienzo de la crisis de salud en China impactó inmediatamente la cadena de suministro de materiales y partes que muchos países del mundo usan para la construcción de sus productos, especialmente Estados Unidos y Europa.

Si uno no tiene suministros, no tiene productos, y si no tiene productos, tampoco puede venderlos. La disminución de las ventas lleva a una disminución de las ganancias, lo que conduce a una demanda por disminución de gastos, entre ellos el más importante: los salarios.

Esa disminución de salarios y puestos de trabajo para estabilizar a las empresas se suma a las restricciones que nuestros países comenzaron a establecer para mantener a las personas separadas unas de las otras: cuarentenas nacionales, limitaciones en la industria del transporte, el turismo, los cruceros, el cruce de las fronteras y muchas cosas más.

Algunas consecuencias de esto nos golpearán inmediatamente, otras no. Por ejemplo, cuando tuvo lugar la crisis de «la gran recesión» después de 2007 y 2008, no sentimos el impacto del problema de inmediato. Tuvieron que pasar aproximadamente de seis a nueve meses para que la verdadera crisis comenzara en nuestros hogares. Algunos analistas financieros —y yo no soy un analista financiero—

afirman que esta caída de la Bolsa de Valores y el impacto económico pueden llegar a ser peores que la recesión de 1987 y la del año 2008. Esta podrá ser la peor recesión desde la Gran Depresión.<sup>1</sup>

Es por eso que resulta imperativo actuar ahora mismo.

Mientras más tiempo tardes en tomar decisiones importantes, más profundo te encontrarás en el pozo. Este es un momento excepcional en tu vida. Así que debes actuar de manera excepcional. No debes entrar en pánico. Juntos, podemos trabajar a fin de crear un futuro diferente para ti y tu familia. Es justamente por eso que he escrito este libro: para construir juntos una nueva realidad.

### *¿Qué tipo de crisis enfrentamos?*

Una «crisis» es un momento en la vida en el que a uno le sucede algo que no es normal; algo muchas veces completamente inesperado, incluso irracional. Uno va caminando tranquilamente por el camino de la vida y de pronto, desde algún lugar inesperado, salta a nuestra senda una situación con la que ni siquiera estábamos soñando.

Recuerdo cuando nuestra querida amiga Patricia (no es su verdadero nombre) fue a ver a su doctor para revisarse debido a lo que pensaba que era una gripe o neumonía fuerte, solo para enterarse de que no tenía neumonía, sino cáncer de pulmón. Cuando mi mamá y mi papá salieron a disfrutar de unas vacaciones juntos al interior del país, pero regresaron a Buenos Aires separados, ya que mi padre nunca regresó vivo.

O nuestro viaje de unos días a la Argentina a comienzos de marzo del 2020 para tener una serie de reuniones de negocios y conferencias que nunca ocurrieron, porque ni bien aterricé en Buenos Aires nos atrapó la crisis del Coronavirus, y en menos de una semana tuvimos que cancelarlo todo por el resto del año y quedarnos en cuarentena hasta el final del mes.

A veces, las crisis llegan a nuestra vida en el momento menos esperado y nos traen problemas que nunca hemos tenido que confrontar antes.

Sin embargo, las crisis también pueden ser esperadas. Por ejemplo, en el mundo de los negocios uno sabe que la economía es cíclica: tiene momentos de expansión y momentos de contracción. Eso es saludable para la economía de un país. Los tiempos de asumir riesgos y compromisos económicos son seguidos de tiempos en los que los negocios pagan sus deudas y la economía se sana. Esa es una crisis para la que podemos estar preparados.

Además, los momentos de dificultades en la vida no solo son el producto de circunstancias fuera de nuestro control. En ocasiones se deben a decisiones incorrectas que tomamos en nuestra vida personal, profesional o empresarial.

Si asumo riesgos indebidos e irresponsables, probablemente me meta en problemas. Si contraigo demasiadas deudas, eso me puede llevar a altos niveles de estrés personal y a una ruptura matrimonial. En ese caso, hay una sola persona responsable de mi crisis: yo mismo.

Finalmente, entonces, las crisis no son todas iguales. Por eso la forma en la que respondemos frente a una determinada crisis depende de la naturaleza del suceso que confrontamos. Responder apropiadamente determinará cómo pasamos por el fuego y en qué condiciones salimos del otro lado.

La crisis global actual es un evento inusual en la historia de la humanidad. Probablemente lo recordemos por el resto de nuestra vida. A pesar de que no somos directamente responsables de los hechos, marcará nuestra existencia y cambiará la forma en la que hacemos las cosas. Impactará los negocios, destruirá determinados sectores de la economía nacional, y fomentará el crecimiento de otros nuevos. Nos llevará a lugares donde nunca hemos estado antes.

### **¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena?**

Recuerdo haber estado en el tope de las Torres Gemelas de Nueva York solo un par de semanas antes de los ataques del 11 de septiembre de 2001. Mi esposa, Rochelle, y yo fuimos a ver las ruinas del golpe terrorista al corazón de Manhattan solo algunos días después de la tragedia.

Las preguntas más comunes que escuchábamos de las personas en ese tiempo fue: «¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena?» y «¿Dónde está Dios en medio de todo esto?».

No es que me crea muy inteligente, porque en realidad no lo soy. Sin embargo, después de darle la vuelta al mundo varias veces viajando más de tres millones de kilómetros por más de cincuenta países, a mí me parece que hay varias razones por las que creo que nos ocurren cosas dolorosas. Al escuchar tantas historias en tantos lugares diferentes, uno se va dando cuenta de algunas *tendencias* o razones por las cuales las personas atravesamos momentos amargos en la vida.

Yo creo que hay varias razones por las que nos pasan cosas malas en la vida, y no siempre tienen que ver con nuestras acciones personales. A veces sí, a veces no. Lo importante es aceptar que estas cosas suceden en el mundo y que en ocasiones nos ocurren a nosotros como un suceso individual o colectivo.

Aquí comparto algunas ideas personales en cuanto a las preguntas de dónde está Dios en medio de las crisis y por qué creo que a veces nos tienen que pasar cosas malas a la gente buena:

## ***1. Dios está observando cómo pagamos por las decisiones malas que tomamos en la vida.***

El conocido Saulo de Tarso (o San Pablo para los cristianos) dice en una carta escrita a sus discípulos en la provincia romana de Galacia: «No se engañen ustedes: nadie puede burlarse de Dios. Lo que se siembra, se cosecha».<sup>2</sup> Esta es una gran verdad: muchas veces cosechamos lo que hemos sembrado en la vida.

Si sembramos desorden, impaciencia, deudas, deshonestidad, avaricia y cosas como esas, con el tiempo vamos a cosechar problemas. Sin embargo, hay que notar que muchas veces sembramos mal y no lo hacemos a propósito. Lo hacemos porque no conocemos los principios que debemos seguir para el manejo de nuestra vida económica.

Por ejemplo, no conocemos los principios «P» de los que hablo en otros libros (especialmente en *¿Cómo llego a fin de mes?*). Esos principios universales, que son verdad a pesar del tiempo y las culturas, nos llevan por el camino de la Prosperidad Integral.

A veces, sembramos consumismo en nuestra vida y eso nos lleva a ahorrar muy poco y gastar mucho. Entonces, cuando vienen las tormentas de la vida, nuestra barca comienza a llenarse de agua. A veces, sembramos impaciencia y queremos tener en un año lo que a nuestros padres les costó diez acumular. Allí comienzan las deudas y el estrés económico, que es el lastre que nos lleva al fondo del mar cuando los vientos de la recesión golpean nuestro barco.

El «Dios del Cielo», como lo llamarían los antiguos chinos, nos creó con libre albedrío. Nos dió libertad de elección. Si no, seríamos máquinas en sus manos, simples marionetas. Sin embargo, cada uno de nosotros tiene libertad de elección y puede elegir bien o puede elegir mal.

El famoso escritor de *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*, el Dr. Stephen Covey, decía: «Tenemos la libertad de elegir nuestras acciones, pero no tenemos la libertad de elegir las consecuencias de esas acciones».<sup>3</sup> Esa es una gran verdad.

Me he dado cuenta de que en ocasiones el problema no está en el «qué», sino en el «cómo». Sabemos lo que tenemos que hacer, pero no sabemos cómo hacerlo.

Por ejemplo, es posible que yo tenga la profunda convicción personal (o para la gente de fe, una indicación divina), de que debo ir a dar una conferencia en el centro de Medellín. Me han invitado, han pagado por mis gastos, me explicaron qué van a hacer, y yo sé exactamente qué es lo que debo enseñar en esta conferencia.

Sin embargo, el día de mi conferencia, en vez de bajar desde el quinto piso de mi hotel a través del elevador o las escaleras, decido saltar por el balcón. A la luz de mi decisión personal, probablemente no llegue a la conferencia esa mañana.

El problema no está en el «qué». El problema está en el «cómo».

Muchas personas que conozco tienen una profunda convicción de que han sido llamadas a ser médicos, dentistas, empresarios o líderes políticos de sus países. No obstante, cuando viene la crisis, no comprenden por qué si están cumpliendo con su llamado en la vida, las cosas no les van bien. El problema no está en la obediencia a su llamado. El problema está en la *manera* en la que están obedeciendo.

Recuerdo que cuando me mudé a Estados Unidos, los primeros que me dieron la bienvenida fue la policía. Me fui a vivir a Chicago en el medio del verano estadounidense, y uno de esos días alguien me invitó a una recepción en un hotel en el centro de la ciudad. Como iba a terminar tarde, le pedí prestado el auto a un tío mío y me fui a la fiesta.

Cuando llegué al centro, no podía hallar un lugar donde estacionar. Hasta que, finalmente, encontré un lugar en la calle muy cerca a la entrada del hotel donde se llevaría a cabo la actividad. Di gracias al cielo por mi buena suerte y entré al lugar.

Salí como a las once de la noche... ¡y para mi sorpresa mi auto había desaparecido! Estaba consternado por completo mirando a mi alrededor cuando un amigo salió del hotel y me vio parado en plena calle.

—¡Hola Andrés! —me dijo—. ¿Qué te pasa? Te veo un poco preocupado.

—¡Me robaron el auto de mi tío! —le contesté con profunda inquietud.

—¿Te lo robaron? ¿Dónde estaba?

—¡Aquí... aquí mismo lo dejé! —le aseguré mientras le mostraba el lugar donde había estacionado el auto que mi tío muy amablemente me había prestado y yo acababa de perder.

—No, Andrés... no te lo robaron —me dijo con una sonrisa en los labios.

—¿Que no me lo robaron?

—No —me dijo mi buen amigo mientras me comenzaba a explicar—. No te preocupes. No te robaron el auto. Mira, ¿ves este cartel aquí, al costado de la calle?

—Sí —le dije mientras trataba de comprender lo que me explicaba.

—Pues dice *Tow-Away Zone* ¿Tú sabes lo que significa *Tow-Away Zone*?

—No —le respondí muy inocentemente—. ¿Significa *Bienvenido a Chicago*?

—No, Andrés. *Tow-Away Zone* significa que si estacionas tu auto aquí, en este lugar de la calle, va a venir la policía y se lo va a llevar. No te robaron el auto. ¡Se lo llevó la policía!

—¡Ahhhh!... ¿Y a dónde se lo habrá llevado? —dije un tanto feliz y un tanto preocupado.

—Hay un lugar aquí mismo en la ciudad al que siempre se llevan los autos. Toma un taxi y ve a buscarlo.

Y habiendo dicho eso, me dio la dirección del lugar al que debía ir y algo de dinero para el taxi.

Cuando llegué, casi a media noche, estaba todo oscuro y solamente había algo de luz sobre una caseta de guardián colocada a la puerta de un gran predio cerrado con un alambre como el que se usa en los gallineros de nuestros países. Me acerqué lentamente, y cuando miré con detenimiento me di cuenta de que el joven que se encontraba adentro era de la India.

Ese no hubiese sido un problema si no fuera porque yo casi no hablaba inglés y él lo hablaba, pero con un fuerte acento de ese famoso subcontinente asiático. Yo hablaba *spanglish* y él hablaba *indglish*. ¡Eso era lo más parecido a la Torre de Babel que yo había experimentado en mi vida!

Finalmente, nos pusimos de acuerdo y el joven me dijo que mi auto, efectivamente, estaba allí adentro.

—Son doscientos cincuenta dólares —me dijo en *indglish* como si fuera lo más normal del mundo.

—¡¿Doscientos cincuenta dólares?! —respondí yo totalmente conmocionado—. ¿Cómo puede ser que sean doscientos cincuenta dólares? —le pregunté.

—Son doscientos cincuenta dólares o no sacas tu auto de aquí —me dijo mientras continuaba leyendo un libro dentro de la caseta.

—Pero... doscientos cincuenta dólares es una fortuna...

—Tú tienes la fortuna de que no te hayan llevado preso también por el lugar donde estacionaste. Tienes buena suerte. Son doscientos cincuenta dólares.

—Es que yo soy estudiante y no tengo mucho dinero...

—Yo también soy estudiante. O pagas doscientos cincuenta dólares o no sacas el auto de aquí.

—Es que tú no entiendes... —le dije con toda honestidad—. Yo soy extranjero y no sabía que no se podía estacionar allí.

—Yo también soy extranjero. Ahora ya lo sabes. ¡Son doscientos cincuenta dólares o el auto se queda aquí hasta que pagues por tu infracción!

Ese día yo aprendí una gran lección. Aprendí que uno, en ocasiones, debe pagar el precio por violar leyes que ni siquiera conoce.

Eso sucede también muchas veces en la vida: las cosas malas vienen a la vida de gente buena porque violamos principios y reglas que ni siquiera conocemos.

¿Dónde está Dios en el sufrimiento por el que estamos pasando en medio de la crisis? La primera respuesta es que está viendo con tristeza cómo vivimos en nuestra propia experiencia de vida las consecuencias de las malas decisiones que tomamos en el pasado.

Sin embargo, este no es el caso para todos.